

Torroella y Estartit

Pocas veces se habrá visto un caso tan paradójico e inexplicable como el que durante largos años ha venido sucediendo entre Torroella y Estartit. Recurriendo una vez más a la socorrida frase de *nadie es profeta en su tierra*, podemos asegurar sin temor a pecar de inexactos que Estartit tampoco había sido jamás santo de gran devoción en la vida de Torroella. Los torroellenses no apreciaban en Estartit una prolongación de su propia villa por la cual ésta miraba al mar; para ellos era un pueblo extraño que visitaban anualmente en el día de Santa Ana, Patrona del lugar, y que con esta visita terminaban toda su relación con el mismo.

Afortunadamente, de un tiempo a esta parte, una prometedora corriente de interés se ha producido entre Torroella y su barrio marítimo. Es ya la ilusión de muchos torroellenses ser propietarios de una casita y de una barca en Estartit. En las conversaciones con propios y extraños, son ponderadas las bellezas de su costa y de su playa. Aprovechan la menor oportunidad para solazarse en las aguas de su elegante bahía y, en fin, lo más interesante, el Ayuntamiento le dedica una atención preferente en su capítulo de gastos.

No obstante, subsiste todavía un error bastante difundido que quisiéramos desvanecer: el de que Estartit resultará siempre para Torroella una pesada carga en su erario municipal.

No queremos negar que la contribución de los estartidenses a su Municipio ha sido en determinados momentos insuficiente para cubrir los dispendios que suponía el desarrollo de ciertas obras que se realizaron y de otras que se pretendía realizar. Es más; aceptamos este hecho como verdad evidente. Ahora bien: lo que no aceptamos en modo alguno es que Estartit haya de ser a la larga un mal negocio.

En el auge turístico que experimenta la Costa Brava, toma parte integrante, en la medida de sus posibilidades, nuestro pintoresco pueblo. De día en día es en nuestras calles superior la afluencia de turistas, y de esta afluencia, debe indefectiblemente lucrarse la economía torroellense. Puede que, por el momento, los beneficios no alcancen un volumen suficiente para ser experimentados globalmente de una forma tangible; pero, cuando podamos ofrecer al turista unas comodidades de las cuales hoy está huérfano, cosa que suponemos no se hará esperar, nos será dable ver a Torroella y Estartit encaramarse al primer plano del turismo en la región, lugar privilegiado que, si otros incentivos no hubieren, merecen sobradamente ocupar por la feliz y excepcional amalgama de historia y belleza que entre ambos atesoran.

Si nuestros vaticinios, que son también anhelo ferviente, se convierten en realidad, ¿verdad que lo invertido en Estartit no habrá resultado un pobre negocio?

Otórguennos, pues, por favor, un margen de confianza.

EUGENIO LLOS